

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Se publica los sábados.

Suscripción.

Toledo. - D. Elías Galán, Comercio, 62.

Redacción y Administración:

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10 "
Idem atrasado.....	0,15 "

Núñez de Arce, 7, 2.º, dcha.

Anuncios económicos.

Pago adelantado.

Tristezas y esperanzas.

La población total de España oscila, según prudentes cálculos, entre los dieciocho y diecinueve millones de habitantes. Algunos más de treinta debería contar, dada la incomparable feracidad del suelo y la riqueza extraordinaria del subsuelo. Pero las estadísticas, lejos de aumentar, decrecen considerablemente. Los brazos buscan cabezas que les dirijan mejor y corazones que les muevan con más poderoso impulso; gobernantes que no pierdan el tiempo elaborando discursos, mientras la tierra perece de sed y el extranjero nos conquista subterráneamente....

Demos por cierto que seamos dieciocho millones de españoles los cobijados actualmente bajo la sombra augusta de la madre patria, ya que por desgracia cada día son más los emigrantes y menos los inmigrantes. De estos dieciocho millones, voy a suponer, y no me quedo corto en la suposición, que no hayan recibido las santificadoras aguas del Bautismo, por alevosa prohibición de padres desnaturalizados, unos trecientos mil individuos. Así les llamaremos, pues que no vibra en sus pechos la genuina alma española.... Digamos que son más; que suman cuatrocientos, quinientos mil, los que tan mala dicha hubieron de no pertenecer a la Santa Religión Católica, ni su calidad de «hojas secas» de sus ramas frondosísimas. Todavía serían diecisiete millones y medio los españoles que penetraron en el Arca del Nuevo Testamento por la puerta real del Baptisterio.

Preguntemos ahora y que responda quien quisiere. ¿Como siendo tan abrumador el número de la patria el número de los hijos de la fe, anda la causa del Catolicismo tan desmedrada y perseguida? Hé aquí un fenómeno tristísimo que trastornaría el cerebro á cualquier católico mediano de una nación protestante ó libreculista.

Peró.... ¡oh Analicémos fríamente la cuestión y nos convenceremos que el fenómeno no es tan fenomenal, sino la cosa más natural del mundo, sin que por ello deje de ser muy dolorosa.

Comenzaremos el análisis restando de la cifra supraescrita una mitad que corresponde al sexo bello. Por fortuna la mujer española se ha librado casi por completo del diluvio de errores y de vicios que envuelve á nuestra sociedad. Ella mantiene el culto en nuestros Templos; por ella abrense con frecuencia las puertas del Tabernáculo; para ella siguen fulgurando las luces del cielo; y si es verdad que algunas parece que se olvidaron de su brillante historia religiosa y aun de la nativa delicadeza y ternura de su condición, no lo es menos que otras más numerosas, verdaderas heroínas en los ejercicios de la piedad, trabajan con celo admirable por la restauración de la soberanía social de Jesucristo.

Quedan, pues, reducidos á unos cuantos días millones los varones.... los hombres, diremos mejor, porque en la etimología de esta palabra descúbrense la tierra deleznable de nuestro origen, que de alguna manera explica nuestra conducta, al paso que en el otro vocablo vislumbra una idea de fortaleza que por ningún lado aparece en nuestro modo de obrar.

De esos varios millones de católicos ¿cuántos son católicos?... La interrogación parece paradójica; pero corremos tiempos de tanta anarquía que la confusión ha llegado á penetrar en el mismo vocabulario. Ya los nombres no significan aquello para cuya significación fueron formados, sino aquello que los modernos definidores quieren que signifiquen.

Antes, por ejemplo, no se llamaban católicos los que ponían en tela de juicio ó negaban abiertamente los dogmas de la fe. Hoy abundan, como verdadera floreira religiosa, los que se arrojan dictado tan hermoso negando al Papa la infalibilidad que por promesa explícita de Cristo le asiste cuando habla á la Ciudad y al Orbe. Antes eran tenidos por cismáticos los que rompían los lazos de la obediencia con el Romano Pontífice; hoy se apellidan católicos y católicos perfectos los que desprecian los mandatos del sucesor de Pedro y ven con benéfico

nos ojos la explotación de sus dominios. Pero ¿qué más? ¡si hay quien se acerca al altar y suspira por la extinción de las Ordenes religiosas!...

Sigamos restando con toda la pena de nuestro corazón. De esos millones de hombres católicos, dos terceras partes viven en absoluto quietismo religioso, ya porque las tareas en que sus vidas se consumen impiden todo trabajo religioso-social, ya porque la obra de los tiempos les haya reducido á la indiferencia ó al escepticismo.

Descontemos ahora á los que fueron católicos por el Bautismo y ya no conservan más que el carácter del Sacramento, y éste porque ni las llamas del infierno son suficientes para borrarlo. Descontemos á los acratas, á los que en frase de la S. Escritura «manchilan su carne, desprecian las leyes y blasfeman de la majestad». Descontemos á todos aquellos miserables apóstatas que en los órganos de la publicidad, y en las cátedras universitarias, y en las tribunas del Parlamento, y en los círculos políticos, y en los centros de reunión, y hasta en medio de las plazas, alardean de su incredulidad, teniendo á las creencias como añejas preocupaciones de la ignorancia. Descontemos á los que siguiendo al gran sofista de la oratoria española contemporánea en los conflictos de la libertad de la Revolución con la verdad del *Syllabus* (que habría suscrito San Pablo), se quedaron con aquélla y despreciaron al Papa. Descontemos, en fin, á cuantos desde las trincheras de la falsa ciencia vienen disparando contra la verdad divina de la Biblia.... Y no hagamos desconfianza, porque tanto que llegaríamos á descubrir el globo libre aliberal hasta en la sangre que sale á borbotones de nuestro piadoso corazón....

¿Cuántos somos los católicos españoles? Pocos, pero.... mal avenidos.

Mal avenidos; sí. Si formásemos un bloque, como lo forman nuestros adversarios, tendríamos en la mano la victoria. Aun siendo muy pocos, somos mayores en número que ellos. Pero estamos manteniendo una discordia criminal, cometiendo un crimen de lesa Religión, de lesa Divinidad, ¡sí! Porque estamos siejando el reinado social de Jesucristo, privándole de una gloria á que tiene perfectísimo derecho, consintiendo que los enemigos blasfemen de su nombre en una nación donde la Virgen puso sus pies y donde esperan el despertar de la resurrección las cenizas de Santiago....

Peró.... ¿dónde está la discordia?, se me dirá. ¡Ojalá que mis palabras fuesen hijas de un injustificado pesimismo! Mas, no; yo ven que los católicos siguen amparando á las publicaciones impías; yo veo que favorecen con su presencia en los teatros á los autores que corrompieron la escena; yo observo que algunos colaboran en periódicos inspirados por émulos de Voltaire. Me parece esta conducta tan perversa como la de aquel que, teniendo á su cuidado la custodia del templo, permitiese á los sicarios encender las teas en la sagrada luz de la lámpara del Santuario.

Católicos que así proceden no podrán entenderse con nosotros. Hé aquí un principio de discordia que tiene su fundamento tal vez en la ignorancia. Pero, Señor, ¿es inculpable esa ignorancia? Cuando atravesásemos una época en que los anticatólicos pueden decirnos á los católicos lo que decía el insigne Tertuliano á los hijos del paganismo: «somos de ayer y hemos invadido vuestras posesiones, los palacios, el Parlamento, el foro y dejamos desiertos vuestros templos»; cuando la Revolución se acerca cabalgando en las alas de la impiedad, en forma que ya fulmina sus rayos sobre nuestras cabezas y alumbra al atrio divino con sus téntricos relampagos, ¿será posible ignorar que urge el deber, y que hasta las armas gritan por ser apresadas en manos de los buenos?... ¡No!

Ni debemos contar con los que todavía duermen, ni es con ellos la discrepancia que se lamenta y que ha de hacernos reos ante Dios y ante la Historia.

Somos pocos los convencidos de la obligación de luchar, los que conocemos perfectamente al enemigo, los que tenemos ya las armas en la mano, los que estamos dispuestos á morir. Somos pocos y mal avenidos. Hé aquí la desavenencia peligrosa, la que conviene evitar á toda costa, la que haría infructuosos los martirios y quitaría toda su gloria á los heroísmos. Pero.... ¿por qué había de existir la discrepancia en cerebros iluminados por un mismo ideal y en corazones agitados por idéntico sentimiento?... ¿Por la política?... Pues cada toda política humana ante la de Cristo y de su Iglesia que actualmente padece.... Que si esta política divina, purísima, ajena á todo medro de personalidades, ambiciones, triunfos, la otra política, mezquina y ruin, de la impiedad perecerá de asfixia por no encontrar atmósfera respirable.

La mayor urgencia suspende la menor, y sería bien triste que el adversario nos sorprendiese por andar disputando sobre la elección del uniforme ó la institución del caudillo.

No es una la doctrina. Merry del Val acaba de proponerla a un puñado de católicos congregados a la sombra bendita del Pilar de Zaragoza. «El Padre Santo les exhorta á unirse generosa y lealmente y cada día con mayor empeño con los demás buenos españoles, prescindiendo de diferencias políticas, para promover y defender los intereses religiosos y sociales.»

Unámonos, por amor de la Iglesia y de España; con unión generosa y leal, es decir, sacrificando en sus aras todos los personalismos; con los demás buenos españoles, esto es, con todos los adversarios de nuestros adversarios; prescindiendo de diferencias políticas, ó lo que es igual, no abjurando de ellas sino relegándolas a segundo término, para que sea primero lo primero. Así venceremos seguramente; y si no venciésemos, porque la mano de Dios llevase por otros cauces las aguas de la historia.... ¿qué importaría?, habríamos cumplido con el deber que santifica al sacrificio. Después de todo, ¿no es tan venerable el sudario del héroe que derrotado muere como la palma del caudillo que afortunado vence?

Francisco Frutos Valiente,
Dramático.

SENTENCIAS

La alegría acaba en llanto,
y el llanto dá su alegría;
y por eso cada día
de ambar cosas tiene un tanto.

Saber vivir es gran ciencia,
y mejor saber morir
y mejor saber unir
ambas en propia experiencia.

Niño... le ví indiferente;
joven... le ví bullucioso;
hombre... le miré lloroso,
y al fin... le ví penitente.

¿Como mudan las edades,
la mente y el corazón!
¿Cómo hacen la conversión
del error á las verdades!

El hombre vive en descaído;
lejos del mal... es valiente;
pero al verse de él en frente
teme... y llora sorprendido.

Qué de amargos sinsabores
nos dan la vida y la historia!
el hombre vivo... da escoria,
el hombre muerto... da flores.

Quien vive sin fe en el mundo
eres que vivo en la cima;
y, en verdad, está en la cima
de un abismo muy profundo.

Hay quien del averno evoca
las furias, y hay quien el cielo;
hay, quien no tiene en su anhelo
más cielo... que el de su boca.

Y en el mundo, en conclusión,
muchos carecen de luz;
y la luz está en la Cruz,
la Cruz en la Religión.

La «Bet ham-midrás» ó «casa de estudio» de los judíos en Toledo (1).

Como suplemento del Templo, que debía ser un solo en toda la Nación, según las preceptuosas de la ley, y siendoles imposible á los judíos reunirse todos en aquella casa, llamada con palabra de Jacob *Beth El*, tuvieron otros lugares destinados á la oración, á las procesiones litúrgicas y cantos sagrados, ya que no al sacrificio que era privativo del Templo. A estas casas de reunión, vulgarmente conocidas por *sinagogas*, dieronlas el nombre de *Beth hak-keneset*, y su origen se remonta á los tiempos primitivos de la república hebrea, aunque su desarrollo principal coincide con la época de la vuelta de la cautividad babilónica y tiempos posteriores.

El corazón humano necesita de la comunicación con los demás hombres en todos los órdenes de la vida, incluyendo el orden religioso; de aquí que, prohibido á los hebreos el ceremonial religioso relativo al sacrificio y á las ofrendas fuera del Tabernáculo ó del Templo, pero no en el perteneciente á las procesiones y cánticos sagrados, debieron de reunirse los bení-Israel primero en su casa y después en algún local destinado *ad hoc* para cantar las divinas alabanzas y hacer preces públicas y privadas en los pueblos respectivos. Tal fué el origen filosófico de las Sinagogas; el histórico está más oscuro; pero ya hallamos algunos vestigios en el cuarto de los Reyes. Había muerto un niño, que las oraciones del profeta Eliseo obtuvieron para la Suamitía, y ésta, llena de aflicción, dijo á su marido: «Euvia conmigo un mozo y la pollina, que voy á buscar al hombre de Dios para que vuelva». A lo cual él respondió: «¿Para qué vas á él, si hoy no es día de kalandas ni de sábados?» (IV-23). Parece, pues, que los sábados y las kalandas había reuniones públicas, presididas entonces por Eliseo.

En el libro de Judith se aclara más el concepto, habiéndoseos del pueblo que estuvo toda la noche orando al Dios de Israel dentro de la Iglesia (VI-21). Como el hecho ocurría en Bethulia donde no había Templo, los betulieus se juntaban en un determinado y conocido lugar para hacer oraciones, que es precisamente el concepto de Sinagoga.

Cuando Mardoqueo dió á Esther la noticia de lo dispuesto por Amán respecto á los judíos, respondió la reina: «Reune á todos los judíos que viven en Susa y rogad por mí. No comáis ni bebáis en tres días con sus noches, que yo haré lo mismo con mis doncellas» (IV-16). El texto sagrado no necesita decir que la reunión de los judíos de Susa sería en algún local determinado, pues no iban á juntarse en la plaza pública, siendo como era grandísimo el número de hebreos residentes en la corte de Acero, según se recoge del mismo libro de Esther (cap. IX). Ultimamente, Santiago nos asegura que «Moisés tiene en cada ciudad, desde tiempos antiguos, quien le predicó en las Sinagogas, donde era leído todos los sábados» (Actas XV-21). No dice el santo Apóstol cuales eran aquellos tiempos antiguos; pero ya se deja entender que se refiere por lo menos á los tiempos posteriores á la cautividad, en que se multiplicaron las Sinagogas en todo el mundo civilizado.

Desde muy antiguo existieron los hebreos en España, y aún no falta quien suponga haber sido fundada Toledo por ellos, apoyándose en el mismo nombre de la ciudad. Para nuestro objeto es enteramente adifiosa esta cuestión; pues nos basta saber que ya en el Concilio de Ilberis se prohibe á los cristianos el comer con los judíos, y á éstos el que den la bendición á los campos (can. 49 y 50). Los Concilios celebrados en tiempo de los visigodos, víronse

(1) Nuestros suscriptores leerán con gusto este estudio, que publicó la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, debido á la docta pluma de nuestro ilustre amigo el Sr. Penitenciario de la Primada, por tratarse en él de una cuestión local de no pequeño interés arqueológico para nuestra ciudad amada.